

nosotros tambien se nos dirá: *Sicut credidisti, fiat tibi*; nosotros tambien seremos sanados de nuestros vicios y de nuestras pasiones. Así sea.

CIEGO DE NACIMIENTO.

Præteriens Jesus vidit hominem cæcum à nativitate.

Al pasar vió Jesús á un hombre ciego de nacimiento.

(Joan. ix, 1.)

De todos los hechos que han referido los historiadores sagrados, y de los que han cumplido los santos Evangelios, se puede decir, que ninguno hay en que se hayan dilatado en una relacion más circunstanciada y extensa, y que nos lo hayan representado con los rasgos y colores más vivos, que la curacion milagrosa de este Ciego de nacimiento, á quien el Salvador del mundo abrió los ojos, y en quien quiso hacer resplandecer su gloria. Parece que el evangelista, que nos lo refiere hoy, ha procurado con el mayor cuidado no omitir circunstancia alguna; y la pintura que nos representa, es tan natural y sensible, que creemos, al leer este milagro, que nosotros mismos estamos presentes allí, y que vemos todo lo que pasa. Yo no puedo, pues, amados oyentes míos, complacer mejor á vuestra piedad, que siguiendo palabra por palabra, en este discurso, todo el Evangelio de este dia, para sacar de él todas las saludables instrucciones que se presentarán, y que servirán de edificacion á vuestras almas. En toda la série de este Evangelio observo principalmente dos clases de personas, que se distinguen y señalan en él, y que deben con particularidad ocupar nuestra atencion. Nosotros los oiremos hablar; pero, en cuanto á lo demás, veremos que tiene lenguajes muy diferentes. Nosotros los veremos obrar, pero con sentimientos muy opuestos.

Por una parte, es el Ciego mismo curado por Jesucristo, y bendiciendo en voz alta á su bienhechor; y, de otra parte, son los fariseos enemigos de Jesucristo, exasperados é irritados con una mortal envidia contra nuestro Salvador. Movido del más justo reconocimiento, y teniendo por una obligacion indispensable el confesar y publicar la verdad á gloria de este hombre Dios, que acaba de obrar en favor suyo prodigio tan maravilloso, el Ciego reconoce de buena fe y declara con seguridad el beneficio que ha recibido; nombra al autor, manifiesta todas las particularidades y circunstancias; y se haria él como un delito y como una monstruosa infidelidad, no solamente decir cosa que pudiera oscurecer este milagro, sino callar algo de todo lo que pudiera realzar su lustre. Ved como se explica un corazon recto; y por una regla, en un todo contraria, ved en el ejemplo de los fariseos como se dejan cegar los corazones preocupados, los corazones envenenados; y, en una palabra, que aun expresa mejor mi pensamiento, los corazones interesados. Pues segun los designios de aquellos falsos doctores de la ley, era interés suyo rebajar el mérito de las obras de Jesucristo y desacreditarle, porque él mismo con sus obras los desacreditaba; y por ésto, no obstante la evidencia del milagro hecho en la persona del Ciego de nacimiento, no pueden jamás convenir en él y confesarlo; y aun del mismo tomaban ocasion para calumniar al hijo de Dios y tratarle como á pecador. Con ésto comprenderemos á primera vista, en qué ceguedad es capaz el interés propio de hacernos caer, y en qué ceguedad nos precipita todos los dias como á los fariseos. Y despues aprenderemos y conoceremos por el testimonio del Ciego, á disipar con las luces de la fe las tinieblas del error, y á confundir la mentira con una confesion santa de la verdad. Para hacer que comprendais bien uno y otro, necesito de las gracias del cielo, las que pido por la intercesion de María. A. M.

1. El crédito y reputacion del Hijo de Dios incomodaba á los fariseos, y era contrario á sus intereses. No era necesario más para desacreditarle en su estimacion, y para hacerles creer de él todo lo que la aversion más violenta y el ódio más envenenado era capaz de sugerirles. En efecto; Jesucristo pasaba y era tenido por un profeta y por un hombre de Dios, y ellos estaban convencidos de que era un hombre pecador. Pero este hombre, se les replicaba, hace milagros, y es irreprochable en sus costumbres. No importa, respondian, es un pecador; y nosotros lo sabemos. Pero, ¿cómo lo saben? Porque querian que fuese así, y era interés suyo que se creyera de este mo-

do. Así era su interés la regla de su juicio, y lo que querían era únicamente lo que los persuadía.

¡Excelente idea es esta, hermanos míos, de la malignidad del espíritu del mundo! ¿Qué es, por lo común, lo que nos ciega en nuestras opiniones y en nuestras preocupaciones contra el prójimo? Ya os lo he dicho; el interés que nos domina. Nosotros juzgamos de los hombres, no por el mérito que hay en ellos, sino por el interés que hay en nosotros; no según el pie de lo que son, sino de lo que son para nosotros; y no según las cualidades buenas ó malas que en sí tienen, sino según el bien ó el mal que de ello nos resulta. De aquí nacen las injusticias enormes que cometemos contra su persona. De aquí las preocupaciones á favor de unos, los enojos y enfados caprichosos contra los otros, la crítica y censura odiosa de los sujetos más dignos, las alabanzas más excesivas de los sujetos más medianos, las preferencias inícuas de éstos, y las exclusiones de aquéllos. Nada es, oyentes, más verdad que esto; y ésto es lo que nuestra propia experiencia nos descubre todos los días. Desde que un hombre se interesa por nosotros, ó nosotros nos intereseamos en protegerle, nos figuramos por ésto, que aquél es hombre de mérito. Sin más título que éste, él es, en la extensión de nuestra idea, propio para todo y capaz de todo. Al contrario sucede, si el interés nos separa de él; si nos creemos á nosotros mismos, él ya no sirve para nada, y nada puede. La pasión del interés nos lo pinta según nosotros lo queremos; nos lo desfigura, nos lo disfraza, nos oculta los defectos que tiene, ó nos hace ver los que no tiene; nos disminuye sus perfecciones, ó nos las aumenta, y nos lo representa con tantos caracteres distintos, cuantos motivos diferentes hay en el interés que nos hace obrar.

Pero esta debilidad y corrupción de la razón por el interés, aun parece mucho más en la oposición de dos intereses contrarios. Porque, ¿qué no puede la enagenación ó aversión de los espíritus y de las voluntades, para prevenirnos con los errores más visibles en perjuicio de un enemigo? ¿Y en qué disposición no nos pone de no poderle ya hacer justicia, porque estamos determinados á desaprobarle en un todo y á condenarle? Él se ha conciliado nuestra desgracia, y esto basta. Siendo así, en vano hará milagros, pues sus milagros mismos haremos que parezcan odiosos; y en vano poseerá todas las virtudes, pues las virtudes más inocentes y sinceras toman en nuestra imaginación el color y tinte de los vicios más vergonzosos. Por más que le alaben y elogien los demás, el interés, que nos preocupa, nos hace juzgar que todos los demás se engañan, y que nosotros solos lo conocemos. Ved, oyentes, repito, el carácter de todos los

espíritus ambiciosos; y este carácter está admirablemente expreso y manifiesto en los fariseos de nuestro Evangelio, que, aun estando tan corrompidos como estaban, no hablaban de sí mismos sino con las expresiones más honoríficas; y, aun siendo tan ilustrado y santificado como era el pobre que los contradecía, no tenían con él otra atención que el desprecio. En su opinión, no era más que un miserable, porque no hablaba como ellos querían, y como era propio de su interés que hablase.

No, hermanos míos; no hay equidad cuando una vez prevalece el interés; y esto es tan constante, que todos los hombres que han nacido para la sociedad, y cuyo comercio estriba sobre la buena fe recíproca, ya no reconocen esta buena fe, y no se creen los unos á los otros, desde que perciben en los negocios que entre ellos tratan la menor mezcla de interés. Por más integridad que tenga un juez, si se halla interesado en una causa, se cree bien fundado el rehusarlo; no se cree hacerle agravio en apelar á otro juicio que el suyo. Por más irreprochable que, por otra parte, sea un testigo, si su interés está unido á su testimonio, este pasa por nulo. ¡Como si los hombres, de un común acuerdo, se hubieran hecho á sí mismos la justicia de confesar, que cuando su interés está de por medio, no son ya capaces de guardar las reglas de la justicia! No es menester, pues, admirarse, de que los fariseos, teniendo un interés contrario á Jesucristo, se cieguen en cuanto á su persona; porque esta era una consecuencia natural; y hubiera sido un milagro si su ceguera no hubiera sido efecto de aquel interés. Pero es menester admirarse, de que, siendo la persona de Jesucristo tan santa y tan perfecta como era, tuvieran interés los fariseos en serle contrarios. Esto es, amados oyentes míos, lo que los perdió. De la ceguera de los fariseos, en cuanto á la persona del Salvador, pasemos á la que tuvo por objeto la acción particular de este hombre Dios, y el milagro que acababa de obrar. Pues en ella es donde se acaba de manifestar la malignidad del interés, y donde se descubre toda entera. Atended, hermanos míos: Jesucristo ha curado milagrosamente á un ciego de nacimiento, y este milagro es opuesto al interés de sus enemigos. ¿Qué hacen ellos? Aunque este milagro es tan grande y tan público, lo contestan y lo desaprueban. Obligados, al fin, á confesarlo, y á convenir en ello, niegan, á lo ménos, que Jesucristo haya sido su autor. Lo niegan, digo, sin razón, y contra toda apariencia de razón, porque tienen interés en negarlo. Si este milagro les acomodara, por más increíble que les pareciese, lo creerían; pero porque los desconcierta, por más auténtico que sea, es en su idea un milagro supues-

to. Esta es la causa del gran cuidado con que lo examinan, usando no solo del rigor, sino de un modo lleno de malicia. Porque, ¿de qué artificios no se valen, y qué pesquisas é informaciones no hacen de él? Esta es la causa tambien de la determinacion en que estaban, de escuchar con alegría y complacencia todo lo que parecia ser favorable á su incredulidad, y á no tolerar, sino con disgusto, todo lo que la combatia y la convencia. Esta es la causa de aquel espíritu de censura, que los mueve á condenar lo que la evidencia de la cosa no les permite dudar. Esta es la causa de aquella regularidad falsa, que los hace usar de ardidés y sutilezas sobre la circunstancia del dia; no queriendo que un enfermo pueda ser curado en sábado, ni que el sábado sea un dia de milagros. Esta es tambien la causa de aquel extremo á que les reduce la desesperacion, haciéndoles atribuir más bien al demonio lo que visiblemente es obra de Dios, que obligarlos, si reconocian que era obra de Dios, á dar el honor de ella á Jesucristo. Esta, finalmente, es la causa de la conducta y proceder violento que tenian con el Ciego mismo y sus padres, tratándolos con soberbia, é intimidándolos para cerrarles la boca y hacerles callar. Esto debe inspiraros horror contra el interés que, en medio del cristianismo, produce los mismos efectos, ó errores, no ya en lo que simplemente mira los milagros del Hijo de Dios, sino, generalmente, en los puntos más esenciales y más indisputables de la religion; en las obligaciones de conciencia más naturales y mejor establecidas; y lo que pareceria casi imposible, en los hechos más evidentes que tienen relacion con la justicia y caridad para con el prójimo. Confundámonos de que, siendo cristianos, como somos, nos haga en todo esto el interés más ciegos que lo fueron los fariseos. Digo, en los puntos más esenciales de la religion; porque, ¿cuál es la causa porque la licencia llega á dudar de todo, y á no convencerse ni moverse con nada? Y ¿por qué se forma secretamente sistemas de creencia, ó por mejor decir, de impiedad y de infidelidad, segun los cuales se vive, sino porque seria interés del libertino, que la religion se oscureciera y apagára, y que nada hubiese de verdadero, sino lo que le lisonjea y agrada? Nosotros no comprendemos algunas veces como los paganos podian ser tan groseros, que adorasen dioses infames, incestuosos y adúlteros; y S. Agustin nos asegura, que él lo comprendia perfectamente; y es la razon, dice, porque ellos estaban interesados en tener dioses como éstos.

Digo, sobre las obligaciones de conciencia más importantes y mejor establecidas; porque ¿cómo y por dónde se forman todos los dias tantas conciencias erróneas? Por el interés. Pero poned á cualquier

hombre, en el caso de decidir en un negocio, de resolver una cuestion, un punto de conciencia, y ocultadle el interés que puede en ello tener: por poco versado que esté en estas materias, os dará la decision más equitativa y más justa; os convencerá con razones las más sensibles y evidentes; os prescribirá las reglas más rectas y aun más estrechas; os responderá á todas vuestras dificultades; y os pondrá á la vista la verdad con toda su evidencia. Pero corred al mismo tiempo el velo, y descubridle en este mismo negocio, en este mismo punto de conciencia, y en esta misma decision, algun interés particular que á él le pertenezca, y vereis como entónces los objetos empezarán á mudar de semblante, y le parecerán de distinto modo que poco antes los habia considerado. Es menester, pues, amados oyentes míos, si quereis ser hijos de la luz, que renunciéis á este interés, que nos impide conocer á Dios, que nos quita el conocimiento de nosotros mismos, que nos hace incapaces del discernimiento tan necesario del bien y del mal, que nos oculta la corrupcion de nuestros deseos, que nos desfigura nuestras intenciones, que nos hace ignorar nuestras obligaciones, y que, con la conducta de nuestra vida, nos echa en abismos de oscuridad más deplorables y funestos que los del infierno.

2. A la fe corresponde confundir con sus luces la ceguedad voluntaria de los hombres; y á ella pertenece oponer el celo de su confesion al falso celo del interés, con que los espíritus mundanos se preocupan para resistir á la verdad. *Credimus*, decia el grande Apóstol, *propter quod et loquimur*. II. Cor. iv, 13. Nosotros creemos, y por esto hablamos, á fin de que por el testimonio de nuestra boca, conforme con la persuasion interior de nuestro espíritu, la misma infidelidad se vea obligada á rendirse. Esta es, amados oyentes míos, la regla que ha seguido el Ciego de nuestro Evangelio, para honrar el duplicado milagro hecho en su persona, esto es, el milagro de su cura, y el de su conversion. Él creyó, y habló. Creyó en Jesucristo, y confesó á Jesucristo. Y yo digo, que el celo que él manifestó en esta confesion, ha tenido cuatro cualidades admirables para confundir la ceguedad de los fariseos. Porque él ha sido sincero para confundir todos los artificios de su duplicidad; ha sido generoso para confundir el orgullo de su autoridad aparente; ha sido convincente para confundir la poca solidez de su ciencia vana, ó, por mejor decir, de su ignorancia; y ha sido constante para confundir la dureza de su obstinacion. Atended á ésto, y en la exposicion sucinta, que voy á hacer de la victoria y triunfo de nuestra fe, aprendereis lo que ella debe hacer en vosotros, y lo que con ella debeis vosotros hacer.

El Ciego curado por el Hijo de Dios, fué sincero hasta el extremo de ingenuidad y sencillez en el testimonio que dió del milagro, de que él mismo acababa de ser el sugeto; y esto fué lo que puso á los fariseos confusos. Porque, por más que le preguntaban y repreguntaban, procurando sorprenderle en sus palabras, él persistió siempre en sostener lo que ellos no querían escuchar; y con la sencillez de su deposicion, hizo inútiles todas las astucias de que su espíritu doble y artificioso se valia para oscurecer la gloria del Salvador. Si les declaró muchas veces; yo soy aquel ciego de nacimiento, que habeis visto mendigar en la plaza pública. Yo os lo he dicho, y lo repito: aquel hombre á quien llamais Jesús, es el que ha obrado conmigo esta maravilla; y pues que es necesario instruiros en esto plenamente, ved el modo y circunstancias con que lo ha ejecutado. Él formó un poquito de lodo, me lo aplicó sobre los ojos, me mandó que fuese á la piscina de Siloé, y que me lavase allí. Yo obedecí su mandato, y ved aquí el efecto.—Pero ese hombre es un pecador.—Si es pecador, como decís, lo ignoro; todo lo que yo sé, es, que siendo ciego, como yo era, ya no lo soy. Este testimonio, repito, ponía á los fariseos en tanta mayor confusion, cuanto era más simple é ingénuo. Porque ¿qué podia hacer contra una sinceridad semejante la astucia ni la sagacidad más falaz?

Ved, cristiano auditorio, lo que aun confunde en el día la ceguedad de algunos licenciosos del mundo, que, en el discurso de su vida desarreglada, han llegado á renunciar á su fe. Ved lo que los desespera: la referencia de algunos milagros, que aun humanamente deben ser creidos, y que la prudencia más sagaz, más desconfiada y ménos crédula, está obligada á reconocer: la deposicion de un hombre, no solamente sin tacha y digno de creencia, sino aun digno de respeto, que dice: yo he visto ésto, á mí me ha sucedido la cosa, y yo hablo en ello por propia experiencia. Pretender que todos los que han tenido siempre este mismo lenguaje, hayan sido impostores y visionarios, y que porque haya habido algunos, ó aun muchos de éstos, sea necesario juzgar así de todos los demás, y que sin exámen ni discernimiento no hay más que dar por falsos todos estos testimonios, es un camino muy corto para mantener la impiedad y la irreligion; pero aun mucho más para autorizar la extravagancia y temeridad.

Pero pasemos más adelante. Si el Ciego de nuestro Evangelio fué sincero en su testimonio á favor de Jesucristo, no fué ménos generoso. Porque él no tuvo para con los fariseos aquellos viles y bajos miramientos, que infaliblemente hubiera tenido, si hubiera consul-

tado la prudencia humana. Él no se hizo esclavo de aquella autoridad imperiosa, que se apropiaban y atribuian entre el pueblo, y que impedía á la mayor parte de los judíos declararse por el verdadero Mesías. Él no examinó si su proceder podia ofenderlos y disgustarlos; y aun sabiendo bien que se ofenderian, no creyó por esto que debía hablar con ménos libertad. Pues conociéndose deudor á Jesucristo de una gracia y beneficio tan singular como el que habia recibido, á nada atendió, y todo lo despreció para publicar su gloria; y el escándalo mismo de los judíos fué un motivo que tuvo, para no atender á sus personas ni á lo que querian. Sus padres, y aquellos de quienes era pariente, no se portaron de este modo. Como querian conservarse, respetaron la sinagoga; y por una política vana, disimularon la obligacion que tenian al Salvador del mundo, por no granjearse el odio del pueblo. Nosotros confesamos, dijeron, que ese es nuestro hijo, y que ha nacido ciego; pero cómo él ve ahora, y quién es el que le ha dado la vista, lo ignoramos: preguntadle, que él mismo puede responder muy bien. El temor era, añade el evangelista, el que les hacia hablar de este modo: *Hæc dixerunt parentes ejus, quoniam timebant.* JOANN. IX, 22. Pero respecto del Ciego santificado é ilustrado con la luz de la gracia, no es este temor capaz de debilitar su celo. Su boca habla de la plenitud de su corazón. Los fariseos le preguntan, amenazándole, quién es, al fin, aquel hombre que le ha abierto los ojos; y él con una santa libertad protesta, que á lo ménos debe ser un profeta y un hombre de Dios: *Quia propheta est.* JOANN. IX, 27. Ellos se escandalizan de este elogio; y él sostiene y les asegura, que este elogio se debe justamente á Jesucristo. Esta generosidad humilló aquellos espíritus soberbios, acostumbrados á dominar, y á que jamás les contradijesen en sus más grandes errores; y condena mucho más la cobardía y debilidad de un millon de cristianos, que, persuadidos de la verdad, son, no obstante, cobardes y tímidos, cuando se trata de sostenerla. Este es, confesémoslo aquí para vergüenza nuestra, este es el desórden de la cristiandad. A todo el mundo se quiere agradar; á nadie se quiere disgustar; y aunque se trate de los intereses de Dios, de la religion y de la piedad, se hace un particular interés de su poco celo; no se habla sino á medias, se guardan consideraciones, y se atienden las personas. Entretanto, el vicio se autoriza, el abuso y desarreglo pasa á ser uso y costumbre. Si hubiera un espíritu generoso y determinado á despreciar todo lo que se llama respeto humano, nada de todo lo dicho le haria fuerza.

A más de que el testimonio del Ciego fué sincero y generoso, yo

añado: que fué un testimonio convincente. Porque admirad, hermanos míos, el poder y virtud de la fe, cuando Dios quiere hacer que ella obre, aun en el sugeto más débil. Aun siendo tan ignorante como era el Ciego, él refuta á los fariseos con sus propios principios; y de las cosas mismas que profieren para justificar su incredulidad, saca otras tantas pruebas para convencerlos. Nosotros sabemos, decían los fariseos, que Dios ha hablado á Moisés; pero de ese hombre, á quien llamais Jesús, ni aun sabemos de dónde es: *Hunc autem nescimus unde sit.* JOAN. IX, 29. ¡Ah! replica el pobre, animado y lleno del espíritu de Dios, lo que hay más digno de admiración es, que no sepa de dónde él sea, y que, no obstante, sea él el que me ha abierto los ojos: como diciéndoles en esto, que este milagro de Jesucristo hablaba muy altamente en favor suyo; como reprendiéndoles, que si no le reconocían por estas señales, no tenían conocimiento alguno de las cosas de Dios; y como obligándolos á confesar, que después de un prodigio tan visible como éste, no podía ya su ignorancia ser sino voluntaria y afectada. Y en efecto, el argumento era sin réplica; y se podía dudar cuál de los dos milagros era más maravilloso, ó el del poder del Hijo de Dios, que había abierto los ojos á un ciego de nacimiento, ó el de la dureza y obstinación de los fariseos, que no querían abrirlos á una verdad tan clara. Ellos se obstinaban en decir, que Jesucristo era un pecador. Pero en esto, replica el Ciego, se vé, que vosotros estais entregados al sentido réprobo. Porque sabemos muy bien, que Dios no oye á los pecadores, principalmente cuando éstos le piden milagros en confirmación de un error, porque se seguiría entónces, que Dios autorizase la mentira. Este hombre, pues, que se llama Jesús, ha sido oído, como lo veis, para hacer este milagro en mi persona, y él no lo ha hecho sino para confirmar que él mismo era el enviado de Dios. Luego, es preciso que verdaderamente él lo sea, ó que Dios sea fiador de la más culpable y más grosera impostura. ¿Qué cosa más convincente y fuerte podía haber dicho un hombre consumado en el estudio de la religion, y que podía oponer á esto toda la sinagoga?

En fin, el Ciego fué constante en su testimonio. No fué una vez sola la que los fariseos le preguntaron, le estrecharon y le amenazaron. Ellos hicieron cuanto habia que hacer para forzarle á que se diese á partido, y para hacerle mudar de lenguaje. Pero tanta obstinación como manifestaron ellos en su incredulidad, tanta firmeza y constancia tuvo él en glorificar á su bienhechor y en confesar la verdad. Desesperados de vencerle aquellos doctores, y enojados é irritados contra él, le arrojan de la sinagoga con ignominia: *Et ejecerunt*

eum foras. JOAN. IX, 34. Pero él todo lo sufre, y está determinado á padecer y tolerar cuanto hay, antes que desconocer y ser ingrato al que debía su curación, y antes que faltarle á la fidelidad. Pero, ¿qué digo yo? A este primer testimonio, añade otro más sublime y más santo. Él conocia bien la virtud milagrosa de aquel hombre Dios, que le había sanado; pero no sabia sino imperfectamente quien era. Era, pues, necesario, que el Hijo de Dios, por un último esfuerzo de su poder y de su misericordia, le iluminase los ojos del alma, después de haberle iluminado los del cuerpo; y esto fué lo que hizo en una segunda conversacion que tuvo con este pobre. A la primera palabra de Jesucristo, que le instruye de su misión, y que le descubre su divinidad, este nuevo cristiano no delibera, no discurre, ni tampoco lo difiere. ¡Con qué prontitud abraza la ley santa que se le ha anunciado! ¡Con qué sumisión cree los altos misterios que se le han revelado, en el instante mismo que se le revelan! Yo creo, Señor, exclama. Todas las calumnias de los fariseos contra Jesucristo, todos sus discursos, todos sus malos tratamientos no le han podido atemorizar ni espantar; y más inviolablemente que hasta entónces, unido á la persona del Salvador, que le manifiesta sus perfecciones divinas; se postra á sus piés y le adora como á su Dios.

Si él no hubiera tenido más firmeza que nosotros, bien pronto hubiera desmentido, por un indigno silencio, lo que acababa de afirmar por una confesión justa. Imitemos, hermanos míos, imitemos la sinceridad, la generosidad, la constancia y firmeza de este generoso confesor de la fe. No nos dejemos nunca cegar por el interés. El Hijo de Dios, que condenó á los fariseos, de quienes habla hoy el Evangelio, nos condenaria también á nosotros, si nos hiciésemos culpables de su desórden. Opongamos siempre á las tinieblas del error las luces de la fe; confundamos la mentira, como el Ciego del Evangelio, con una confesión santa de la verdad, para que nuestro divino Redentor derrame cada vez con más abundancia sus dones sobre nosotros, hasta que tengamos la dicha de disfrutar de su misma felicidad en la eternidad bienaventurada, que os deseo.